

# Toros en el Parlament

LA VANGUARDIA, Editorial, 18.12.09

EN su última sesión plenaria del 2009 - año marcado por los graves efectos de la crisis económica-, el Parlament votará hoy una iniciativa legislativa popular que persigue la abolición de las corridas de toros en el territorio catalán. La corriente prohibicionista llega a la Cámara avalada por más de 180.000 firmas, el triple de las necesarias. Hace cinco años, en el 2004, ya cobró fuerza cuando los ediles de Barcelona, a instancias de ERC, redefinieron la ciudad como antitaurina. Según recuerda la plataforma abolicionista Prou, ahora son 70 los municipios catalanes en favor de la prohibición.

La ruidosa campaña de los antitaurinos ha estimulado la reacción de los aficionados a la tauromaquia, concretada anteayer miércoles con la presentación del Manifiesto de la Mercè por la Libertad. En él se insta a los diputados a preservar la tradición de Barcelona, "plaza de la tolerancia, del diálogo, del civismo", rechazando la ofensiva prohibicionista. En este caso, como en el de la plataforma antitaurina, se ha buscado y conseguido el apoyo de figuras del mundo de la cultura y del espectáculo, en el convencimiento de que estos agentes gozan hoy del mayor predicamento entre la ciudadanía.

El debate sobre el futuro de los toros ha prendido, pues, en Catalunya, así como en el resto de España, e incluso en el extranjero. Días atrás, 133 políticos franceses remitieron a los diputados catalanes un mensaje protaurino. El número de periodistas acreditados para el plenario de hoy en el Parlament dobla el habitual y supera claramente el de los que se

interesaron por la tramitación en dicha sede del Estatut. En este debate, de una complejidad que algunos se resisten a reconocer, chocan sensibilidades particulares, conceptos y orgullos culturales e intereses políticos. Los abolicionistas enarbolan la bandera de los derechos animales, consideran inadmisibles su sufrimiento en la plaza y, con la boca algo más pequeña - puesto que muchos no querrían ver desaparecer, tras las corridas, los correbous autóctonos-, presentan las corridas de toros como una fiesta ajena e impuesta. Los taurinos apelan a la tradición y a la experiencia emocional que depara la lidia, merced a la sublimación artística de la pugna entre el toro y el hombre, y a la vez critican la pulsión prohibicionista por intolerante y uniformadora.

Taurinos y antitaurinos defienden posiciones irreconciliables. Todos ellos esgrimen razones, a su entender irrefutables, para imponer sus tesis. Y, en el fragor de la disputa, suelen olvidar el actual estado de decaimiento de estos festejos seculares, pese a la aparición en los últimos años de toreros que han avivado sus rescoldos. Dicho esto, la verdad es que la generación más joven muestra un interés decreciente por los toros, que el número de corridas ha caído casi un 40% este año en España respecto al 2008 y, sobre todo, que la casta de las reses ha ido menguando poco a poco.

Con estos datos en la mano, no parece que la abolición pueda presentarse como una necesidad prioritaria. Menos aún si admitimos el rechazo que concitan las prohibiciones en general; o si estamos dispuestos a reconocer que el fin de las corridas evitaría sólo una ínfima parte de los padecimientos que el ser humano inflige sistemáticamente a los animales irracionales.

Joseph Joubert, el más alado de los moralistas franceses, aconsejaba no cortar la cuerda que podemos desanudar. Y la cuerda de los toros, que ahora se quiere cercenar, está ya prácticamente deshecha.